

R*espeto a la libertad.* Jesús orienta comportamientos, indica cuál debe ser la manera honesta de estar en la historia. Su respeto por la libertad de los hombres expresa el de su Padre, auténtico e incomprensible, pero, toda la Verdad. Nos hemos acostumbrado a las imposiciones, a los dictámenes externos, al comando de otras manos. Dios repudia esa manera de manipular la vida de las personas y de los pueblos. Nadie puede ser esclavo o dueño de nadie. La paternidad de Dios disipa todo posesionamiento indebido; el Padre Dios no domina a sus hijos, los libera y alienta a la responsabilidad. Al presentar esta idea de la relación de Dios con los hombres se produce una profunda molestia en quienes especulan con formas de gobierno que favorecen su ánimo posesivo. Pueden darse presuntas buenas intenciones. La misma sociedad, insuficientemente preparada para el ejercicio recto de la libertad, genera dirigentes y sistemas que la mantienen en un grave subdesarrollo. Requiere salir del mismo andando el sendero de una reeducación en los valores que la identifican desde sus orígenes. La propuesta evangélica de la Iglesia promueve un cambio de mentalidad. Por lo mismo, es indigerible para el paladar de una sociedad que todo lo relativiza o sazona a su gusto. La verdad evangélica, presentada honestamente, enfrenta los *comportamientos* personales y sociales con sus sabias exigencias.

2.- *El Sacramento de su presencia.* Quienes debemos presentar el Evangelio *para la fe* no podremos, como lo hacen los médicos responsables, dejar de diagnosticar la realidad que observamos. La misma, que también nos envuelve y aflige, implora la medicina adecuada para recobrar la salud. ¿Cuál es?: *Cristo, Dios Redentor.* Nuestra vida recobra los valores que la sustentan en contacto con Él. Su presentación no es un mero enunciado filosófico o místico; es el anuncio de su presencia viva y eficaz. Cuando celebremos el Congreso Eucarístico 2004 no haremos más que indicar que el Salvador está realmente presente, con el realismo de su virtud redentora. Lo haremos mediante un signo que lo identifica históricamente: la Eucaristía. Él mismo lo eligió, en víspera de su inmolación en la cruz, y lo relacionó con el mandamiento supremo del amor entre los hombres. La mejor manera de prepararnos para ese próximo acontecimiento es la práctica de la caridad fraterna. Sus implicancias actuales son inocultables: *la justicia, la solidaridad con los más pobres, la tolerancia racional con quienes piensan con otras categorías filosóficas y religiosas, la globalización del amor auténtico.* El esfuerzo que debemos aportar todos posee una orientación que nace del don recibido con la vida. No hay excusa que nos exima de él.

3.- *Que se dejen ver.* ¡Cuánto nos cuesta comprender algo tan elemental! El hábito mental, generado por una serie de comportamientos que bordean la tragedia, ha inspirado el convencimiento pesimista de que todo está perdido, de que ya no hay

salvación para el hombre. Las reacciones violentas que invaden las calles y atormentan los espíritus son fruto de muerte de ese pesimismo irresponsablemente acentuado, hasta promocionado. Recuperar la esperanza no es simple; se requieren signos que la presenten como bien fundada en protagonistas creíbles, dispuestos a realizarla. El vituperio casi generalizado hacia la clase dirigenal de nuestra sociedad encubre un anhelo incontenible de creer en nuevos y confiables actores de la misma. Basta que aparezcan: *capaces y honestos, pobres de corazón e idealistas, abnegados hasta el sacrificio de la propia vida y desinteresados.* ¡Necesitamos que aparezcan! Reclamamos que se dejen ver y que los dejen actuar con su originalidad y genio propio. Para ello será preciso que algunos cedan lugar a otros y que, *a mar revuelto*, no se aprovechen quienes han puesto otra música a la misma letra de la mentira y del fracaso.

4.- *Ideal y cambio.* Necesitamos que la novedad no se exprese en aventuras revolucionarias sino que proyecte, en un estilo sustancialmente nuevo, la tarea común. ¿Es posible lograrlo? Si que lo es. No es demagógico afirmarlo sino resultado de una fe vigorosa y edificadora de la verdad soñada. Es preciso seguir soñando o manifestando la factibilidad de un ideal que supone y reclama el cambio personal. En eso está la Iglesia cuando propone, y se propone, el Evangelio. ¿Cómo podría exigir un cambio que no fuera *intento sincero* en sus propios miembros? Modelar dicho cambio requiere un examen ininterrumpido y valiente. Como solidaria de su propio

mundo, donde se agitan seres que no comparten su fe, debe unir sus esfuerzos con los de quienes manifiestan una voluntad afín. Y los hay. Basta una relación personal abierta al diálogo sincero. Temas sobran, como también inquietudes y proyectos; es conveniente conferir al esfuerzo circular la cordialidad y honestidad que eviten cualquier forma de cerrazón. Persistirán quienes decidan quedar fuera; es pernicioso atribuirles una trascendencia social que no les corresponde. El llamado al diálogo es como el llamado a la vida. Renunciar a él es rechazar la vida amorosamente ofrecida por el Creador.

5.- *Hora de la reconstrucción.* No sin razón el pueblo quiere resultados, compromisos claros y un cronograma cuidadosamente observado que los concrete. No es el momento de reclamarnos *milagros*. Es la hora de la *reconstrucción* sobre una base insistentemente deseada. Aseguremos esa base. Son los valores descuidados en los espacios modernos de los medios de comunicación y de la misma educación inicial, media y universitaria. En las llamadas culturas modernas no parece haber mucho lugar para ellos; se ha originado un lenguaje burlesco, intencionalmente referido a los mismos, para que la ridiculización actúe de neutralizador y se los pase al olvido. Mientras el Evangelio sea íntegramente predicado y su lumbre permanezca encendida, los *valores permanentes* seguirán gravitando sobre lo mejor de la sociedad humana.